

LA ILUSTRACION NACIONAL



MADRID

Administración: Almirante, núm. 2.

Director propietario:

D. ARTURO ZANCADA Y CONCHILLOS

AÑO XIII.—NÚM. 35.

16 de Diciembre de 1892.



EL CORNETA (De una acuarela de Millán y Ferriz, comandante de Infantería.)

SUMARIO

GRABADOS: El corneta (de una acuarela de Millán y Ferriz, comandante de Infantería).—Fusil Maüßer.—Excelentísimo Sr. D. Celestino F. Tejeiro, general secretario de la Inspección.—Retreta de la Infantería: copia de la carroza (proyecto y ejecución de Benlliure, dibujo de Fernández de la Oliva, grabado de Soler).—El Alcázar de Toledo (dibujo de Lagarde).—Solemnes exequias en la iglesia de San Francisco el Grande, en sufragio de todos los que han pertenecido al Arma de Infantería.—Madrid: gran banquete celebrado por el Arma de Infantería en la galería central de la nueva Estación del Mediodía (dibujo de Méndez Bringa, grabado de Traver).—Expedición á Aranjuez: aspecto del andén antes de partir el tren.—La corrida de toros: en el tendido.

SUPLEMENTO: La Purísima Concepción, excelsa Patrona del Arma de Infantería.—Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera, Inspector del Arma de Infantería.—El arcabucero (cuadro de Fortuny).—El soldado español (cuadro de Balaca).

TEXTO: Crónica: la Purísima Concepción, Patrona del Arma de Infantería, por D. Francisco Martín Arrué.—La Infantería, por D. Federico de Madariaga.—Rocroy (poesía), por D. Eugenio de Olavarría.—Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, marqués de Estella, Inspector general del Arma de Infantería.—El general Tejeiro.—El soldado español.—La organización militar en su más profundo y trascendental sentido, por O. d. S.—Paseo de ataque, por D. Matías de Padilla.—El corneta Plácido, por D. Eduardo Casado Berben.—La carota humana (poesía), por D. Luis Bonafos.—Bibliografía, por D. Francisco Barado.—Nuestros grabados, por D. Baldomero Lois.—Habladurías, por D. Eduardo de Palacio.—Puntos y comas (poesía), por D. José Brissa.—La Infantería española después de la guerra de sucesión, por D. Carlos de Barutell.—Anuncios.

CRÓNICA

La Purísima Concepción

PATRONA DEL ARMA DE INFANTERÍA

La Milicia española, de igual modo que conserva incólumes las tradiciones honrosas de valor, hidalguía y caballerosidad que caracterizaban, en los tiempos más gloriosos de nuestra Historia, al español de pura raza, siente en sí, como éste, viva e inextinguible la fe religiosa que de tantos hechos heroicos de nuestros antepasados fué principal y soberano impulso. Ni el militar, ni nadie que tenga que soportar grandes fatigas y arrostrar graves riesgos, puede ser escéptico y ateo, porque al ver de continuo su existencia en peligro, comprende la pequeñez humana y siente íntima necesidad de un poder sobrenatural que le aliente á despreciar la vida y á afrontar la muerte, sacrificando todos los intereses materiales, todo bienestar positivo, en aras de nobles y elevados ideales. Como decía el elocuente predicador Sr. Jardiel, en la cátedra sagrada de San Francisco el Grande, si el pundonor y el patriotismo hacen valeroso al soldado, la fe religiosa le eleva al heroísmo. Pública demostración de nuestro aserto dan los cuerpos y armas del Ejército al elegir para festividades de la gran familia militar, días en que la Iglesia solemniza á alguno de sus Santos, ó á la Virgen en una de sus advocaciones.

La Infantería ha aprovechado oportunamente la ocasión de celebrar por primera vez el día de su santa Patrona, para hacer ostentosa y pública manifestación de los estrechos vínculos de compañerismo y fraternidad que une en apretado haz, para bien del Ejército y de la Patria, á todos cuantos pertenecen á esa arma importantísima, núcleo principal de los ejércitos en todos tiempos, y que en España tiene una brillante historia, que la acredita de haber sido siempre la primera Infantería del mundo. Sus diversas procedencias han desaparecido al fundirse las aspiraciones de todos sus oficiales en una común y legítima aspiración: la de mantener el puesto que en el organismo militar le corresponde, por la continua elevación, mediante el estudio,

del nivel medio de su ilustración, que forzosamente ha de influir más que la de otro Cuerpo ó Arma, por la sencilla razón de ser la más numerosa é indispensable, en la de todo el Ejército. Al verificarse esa beneficiosa concentración de ideales y aspiraciones, se ha vigorizado su espíritu de cuerpo, hasta alcanzar la más imperecedera fortaleza.

Según ha recordado en un notabilísimo artículo, publicado en *El Correo Militar*, el eminente historiador y capitán de Infantería, señor Barado, ya los inmortales tercios de Flan-des, en ocasión en que necesitaron de la fe religiosa para elevar su valor al heroísmo, establecieron, como principal y preferente devoción suya, la de la Purísima Concepción. Por lo tanto, la tradición abona el acierto en la elección de Patrona que el Arma de Infantería ha tenido. Pero en otro concepto se patentiza también este aserto.

En el Colegio de Infantería, la festividad de la Concepción de la Virgen era día solemne, en que los antiguos cadetes, aquellos caballeros cadetes que con sus famosos cordones, llevados con más noble orgullo que pueden ostentarse las divisas de las más elevadas jerarquías de la Milicia, en la bulliciosa expansión propia de la juventud, y con ese puro entusiasmo que ésta solamente atesora en grado máximo, fomentaban los sentimientos de aquel compañerismo que llegaba á los más elevados límites de verdadera fraternidad, que fué siempre el más glorioso timbre de un establecimiento de instrucción militar, muerto á consecuencia de contraproducentes economías, cuando merecía vida eterna, aunque no fuera más que por inculcar ese compañerismo que por su arraigo y verdad llegó á ser legendario en todo el Ejército. Más adelante, cuando, después de una fatal solución de continuidad, resucitó en la Academia de Infantería el antiguo Colegio, hubo especial empeño, en los profesores, de reanudar las buenas condiciones de ésta, y fué la Concepción la Patrona de la Academia, como lo había sido del Colegio, y renació aquel beneficioso espíritu de compañerismo, alma de este último. Hoy conserva esa tradición la Academia General, heredera que ha sido de la de Infantería, y seguramente la mantendrá la nueva Academia de aplicación de esta Arma.

Pues bien; adoptar la Infantería toda, por Patrona, á la que lo ha sido siempre de los Centros de enseñanza que principalmente han nutrido de oficiales sus filas, viene á tener una doble significación, porque viene á ser como si ese espíritu de compañerismo, que vuelvo á calificar de legendario, se hubiera extendido, penetrando en las almas de los oficiales de todas las procedencias, para abarcarlos á todos y sancionar, con el indestructible sello de la fraternidad, el espíritu excelente de cuerpo, de que hoy día blasona la reina de las batallas.

Para que fueran dignos de su significación en todos los conceptos indicados, los festejos tenían que ser fructuosos, y lo han sido.

De algún tiempo á esta parte, y como festejo popular, se han repetido en Madrid las retretas militares; todas se verificaron con gran lucimiento, pero la retreta de la Infantería sobrepujo á todas, según opinión unánime de cuantos la presenciaron. Aquellos cinco grupos de soldados que llevaban faroles y luces de bengalas de variados colores, y que, formados en varias filas, constituían vivientes, móviles y luminosos rectángulos que encerraban

músicas militares y bandas de cornetas que incesantemente agitaban el aire con bélicas y armoniosas ondas sonoras; aquellas grandes farolas que sobresalían de las compactas líneas de tantísimas luces, manifestando los sentimientos de los infantes españoles en los vivas al Rey, á la Reina, á España, al Ejército y á la Infantería española que en sus cristales iban escritos en transparentes letreros; aquella carroza, construida según dibujo del genial artista Benlliure, en la que se destacaba la efigie de la Purísima Concepción, circundada por una guirnalda de luces eléctricas, y rodeada por nutridas masas de soldados con luces de bengala, y aquellas dos largas filas de soldados de caballería que llevando en sus lanzas faroles de cristal esmerilado, flanqueaban y enlazaban los distintos grupos, formaban un conjunto sorprendente y fantástico, que causó un efecto admirable, principalmente al desembocar, á los acordes de la marcha real tocada por todas las músicas, en la plaza de la Armería del Real Palacio. Desde los balcones de este último soberbio edificio, digno fondo de tan grandioso espectáculo, miraban ésta S. M. la Reina, la real familia y todos los jefes de cuerpo de infantería, invitados al efecto por nuestra virtuosa Soberana.

Festejos que de tal manera principiaban, no podían continuar ni terminar mal. Desde los funerales del malogrado rey Alfonso XII, no ha habido nada que iguale á la función religiosa de la Patrona de la Infantería en San Francisco el Grande. Artístico templo, museo religioso de las modernas Bellas Artes españolas; profusión de luces en los altares, candelabros y crestería de la cornisa que circunda la amplia bóveda; concurrencia selecta, que llenaba toda la iglesia; inspirada misa religiosa de un maestro, como el insigne Mancinelli, ejecutada por una escogida orquesta de doscientos profesores, y cantada por artistas del teatro Real; basta la enumeración de tales elementos para llevar la convicción de la verdad de nuestra afirmación á cuantos no asistieron á tan grandiosa solemnidad religiosa. Hubo en ella un acto conmovedor: cuando, escoltando á S. M. la Reina y á S. A. la infanta Isabel, los coroneles y tenientes coroneles de los cuerpos de infantería de la guarnición de Madrid llegaron al presbiterio llevando las banderas de sus regimientos y batallones, rindieron éstas ante el altar de la Purísima: la representación del valor y del honor militar se humillaron á los pies de la Santísima Virgen. Después fueron colocadas detrás del altar, como el más noble y digno adorno de éste. Puede vanagloriarse, á quien se le ocurrió tal idea, que llevó con ella la delicadeza á los extremos de la sublimidad.

Notas salientes de la solemnidad religiosa fueron la admirable Salve, escrita en castiza é inspirada prosa por el cardenal Monescillo, la no menos inspirada música que á la misma puso Mancinelli y cantó admirablemente la orquesta, y el elocuentísimo sermón del canónigo de Zaragoza, Sr. Jardiel.

No menos brillantes fueron en todos conceptos las exequias por el eterno descanso de los oficiales y soldados de Infantería que ya no existen, celebradas al día siguiente.

Un banquete en que llegaron á mil trescientos los comensales, no podía menos de ser un espectáculo verdaderamente extraordinario. El vasto andén de la nueva estación del Mediodía, decorado con gusto y esplendor, y en el cual, adornadas con exquisito arte, había trece

mesas de á cien cubiertos cada una, presentó en la noche del 8 de Diciembre un magnífico golpe de vista. La cordialidad fué tan grande, como el frío que había en el ambiente, y al final mucho entusiasmo producido por los brindis de los generales Primo de Rivera, Borrero y Salcedo.

Oportuna terminación de los festejos fué la celebración de la más popular de nuestras fiestas españolas, de una corrida de toros. Nada podía ser más del gusto de nuestros soldados, que probaron con su conducta correctísima que no hay quien les iguale en bondad y disciplina, y con sus aplausos entusiastas á los lidiadores, la grata impresión que siempre produce la animada función de toros. La variedad de tonos vivos que los distintos uniformes daban a la plaza, ha sido quizá lo

declaran alma de los ejércitos, reina de las demás armas.

Lo que los tratadistas dicen de ella en las páginas de sus libros, lo han confirmado los grandes capitanes sobre el campo de batalla. Verdadera escuela de guerra de los oficiales la llamó Napoleón, y Federico sostuvo siempre que la superioridad de un ejército estribaba en la superioridad de su infantería.

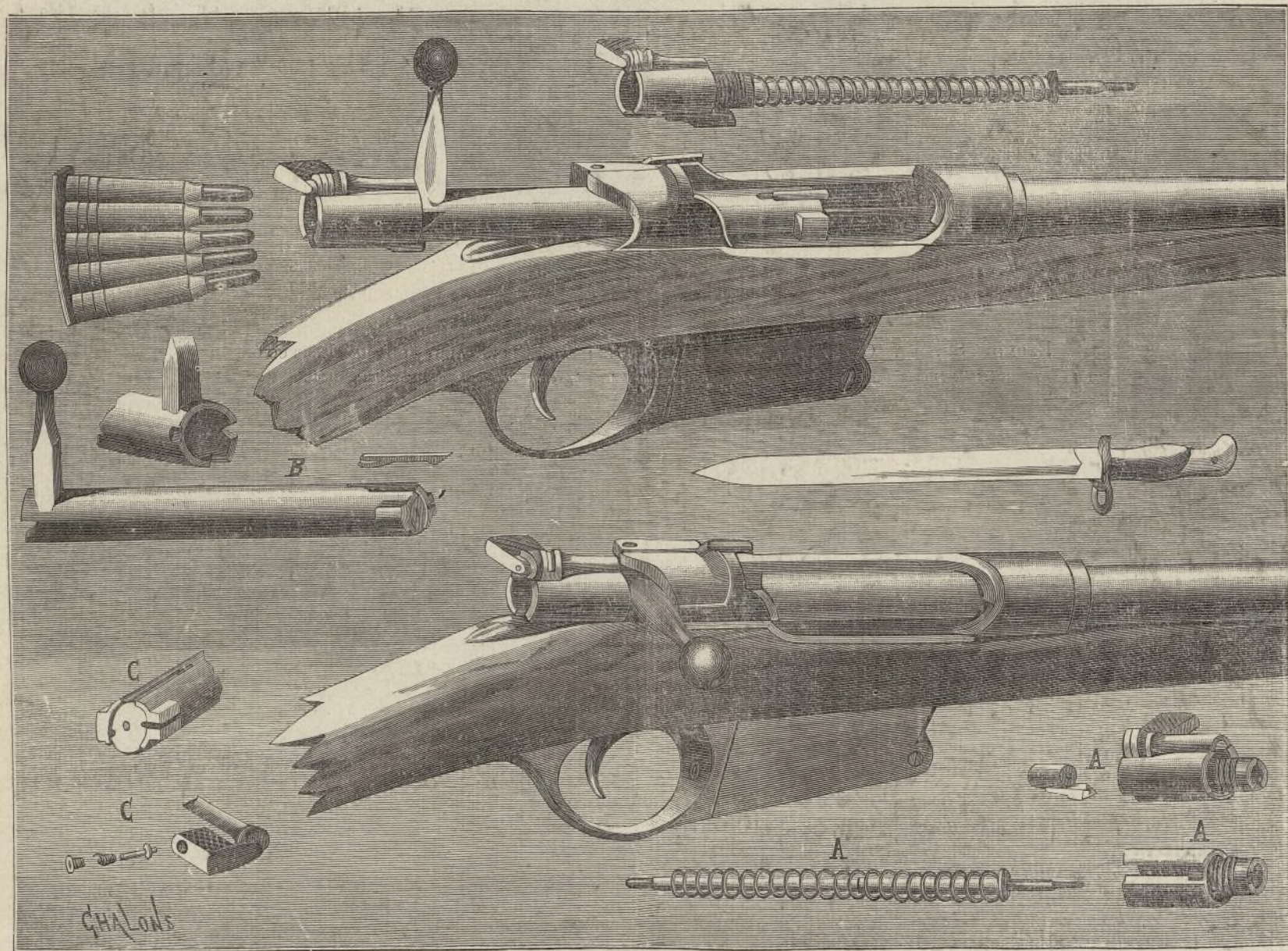
Arma de todos los tiempos, de todas las ocasiones, de todos los climas, de todos los terrenos, de todas las épocas del año, de todas las horas del día y de la noche. Alejandro, lo mismo que César; Farnesio, lo mismo que Napoleón, deben á la infantería—*in pedite rebur-* esos grandes triunfos que constituyen la historia del arte militar.

Se ha batido, ora bajo los calores tórridos

se esconde, aparece y aniquila, merced á sus increíbles cualidades, á su maravillosa elasticidad.

Con ella, con la falange macedónica, destruyó Filipo la independencia y la libertad de Grecia, y Alejandro, el imperio poderoso de los persas. Con ella, con su admirable legión, subyugó Roma á sabinos y samnitas, se enseñoreó de Italia y conquistó el mundo casi por completo.

A la infantería, principalmente, debe Inglaterra sus victorias de Crécy, de Poitiers y d'Azincourt; Francia los grandes éxitos de la leyenda napoleónica, así como los de Crimea é Italia. Prusia, los suyos en Bohemia, y Alemania entera la supremacía militar, conquistada en recientes luchas. La infantería suiza pulverizó el poder de Carlos el Temerario al apare-



EL FUSIL MAUSSER.

que dió relieve más extraordinario al espectáculo.

Satisfecha puede estar la Infantería del éxito de los festejos, y LA ILUSTRACION NACIONAL felicita cordialmente á los organizadores de éstos, por medio de uno de los oficiales más entusiastas del Arma de que es Patrona la Purísima Concepción.

FRANCISCO MARTÍN ARRUE.

La infantería.

¡La infantería! Desde Rustow á Guichard, desde Willisen á Hamley, desde Jomini á Vial, desde Carrión-Nisas á Villamartín..., todos la

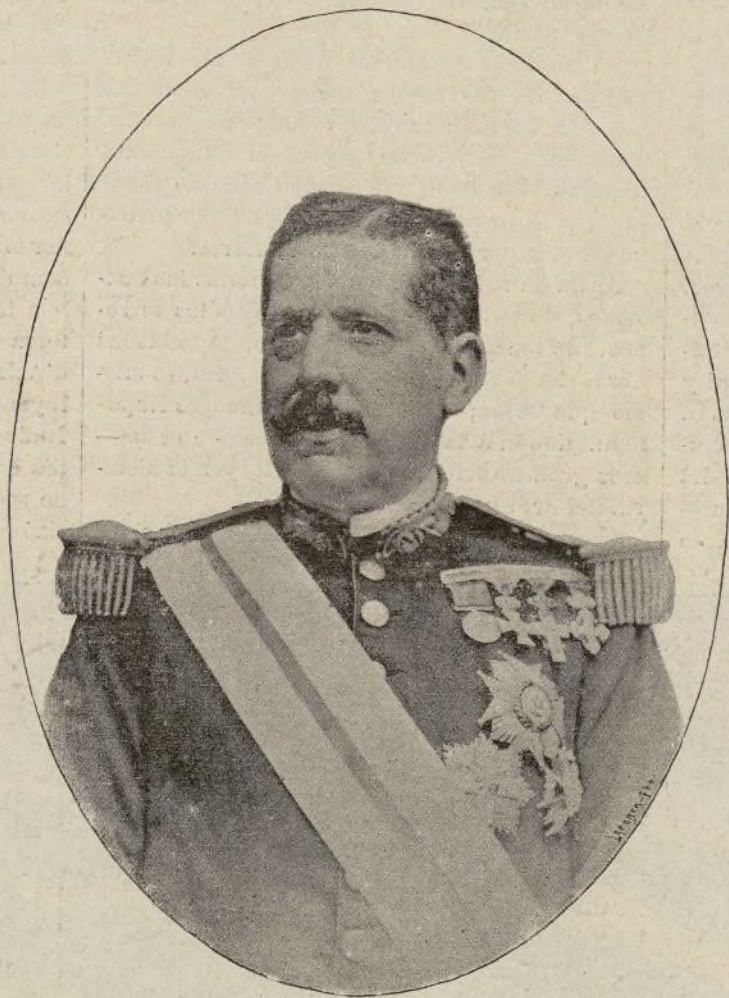
del Africa, ora entre las nieves de Rusia. Logró subir á las altas cimas, adonde no llega el vuelo de las águilas, y bajar á los más profundos precipicios. Ni los ardores del desierto le han impedido cruzar el Sahara, ni los helados vientos, que conducían la muerte en sus alas, le han detenido en sus marchas gigantes, dignas de la epopeya.

**

Pronta siempre al combate, ni las oscuridades de la noche son para ella velos impenetrables, ni los claros resplandores del día servirán para que se la descubra, si tiene interés en no ser vista. Suelta, ágil, sólida, dura á la fatiga, avanza ó retrocede, salta, se precipita,

cer victorioso en Grausón y Morat. La infantería española... ¡ah! la infantería española ha fundado la grandeza de España en pasados siglos, y ha derramado en el actual ríos de sangre por su gloria y su ventura.

¡Sólida, fiera, invicta infantería, que con Gonzalo de Córdoba presintió la táctica y el arte militar modernos; que con Carlos V peleó en Túnz, Francia y Alemania; que venció en la Mota, concluyendo así con la influencia peninsular de la terrible Venecia; que obtuvo en Pavia increíble victoria y fué con D. Juan de Austria á Lepanto, con Hernán Cortés á Méjico, al Perú con Pizarro; á la conquista de Portugal con Alba y Sancho Dávila; á la reconquista de Flandes, y al socorro de París, sitiado por Enrique IV, con Farnesio; que pasó el



EXCMO. SR. D. CELESTINO F. TEJEIRO, GENERAL SECRETARIO DE LA INSPECCIÓN
Presidente de la Comisión organizadora de los festejos que el Arma ha celebrado en honor de su Excelsa Patrona.



RETRETA DE LA INFANTERIA.—COPIA DE LA CARROZA. (*Proyecto y ejecución de Benlliure.*)
(Dibujo de Fernández de la Oliva; grabado de Soler.)



EL ALCÁZAR DE TOLEDO (Dibujo de Lagarde.)

Rhin con Mondragón y castigó con Verdugo las correrías de Guillermo de Nassau por el Luxemburgo; que tomó á Cambray y ganó la batalla de Doullens con el conde de Fuentes, y entró en Amiens con Tello, y se sacrificó en Newport, metida en arena hasta la rodilla, y derrotó en Norlingden á los suecos, capitaneados por los mejores discípulos de Gustavo Adolfo, mereciendo por ello que la aclamara por su libertadora esa misma Alemania, cuyo inmenso poderío militar hoy nos asombra!

*
**

El ligero fusil, ese juguete moderno, es en manos de la infantería un volcán que arroja la muerte. Ni el cañón de la artillería, ni la lanza del hulano, ni la espada del coracero pueden hacer la competencia á esa preciosa arma que puede manejar un niño.

Cuando se recorre un campo de batalla, después de terminada la lucha, sólo un profano podría creer que la mayor parte de los cadáveres que lo cubren y de los heridos que van en lúgubre procesión, conducidos en camillas, deben la muerte y el destrozo de sus carnes á aquellas imponentes bocas de fuego que se destacan á los últimos resplandores del día, adquiriendo proporciones colosales, ó á aquellos hercúleos jinetes, en cuyos rostros brilla la victoria y cuyas manos guían poderosos corceles. Preguntad, entonces, á los que han reconocido los muertos y han sondeado las heridas, por los autores de casitodos aquellos estragos, y sin vacilar os señalarán con el dedo un grupo que vivaquea y vigila.

Mirad á los hombres de ese grupo, miradlos con atención. No llevarán el lujoso uniforme de los húsares, ni su correa será tan brillante como el de los artilleros, ni sus brazos tan fornidos como los de aquellos veteranos, de aspecto terrible. Niños casi, no busquéis en sus rostros grandes barbas. Apenas si distinguiréis alguno que otro labio sombreado por el bozo. Durante el día se les ha visto en todas partes y han peleado en todos los sitios. ¿Véis aquella elevadísima cumbre, cuyo pico parece hundirse en el cielo? Pues hasta allí han subido. ¿Véis esos cadáveres que serán festín de cuervos en lo más profundo de peligrosísima bajada? Pues son compañeros que no han podido terminar el viaje por haberseles acabado la vida. El destrozo de sus capotes, el sudor abundantísimo que corre por sus frentes, esos jirones de la bandera, esos pies casi descalzos, esa respiración fatigosa del pecho, demuestra lo que han hecho. Sus manos acarician, cual si fuera una joya, ese fusil con que han salvado á la patria.

*
**

Creéis que han de reposar de las fatigas, y os equivocáis. Ahora empieza para ellos otro nuevo servicio. Mientras los demás descansan, van á velar por la seguridad de sus hermanos. Han destruido el ejército enemigo durante el día, y ahora, durante la noche, tienen á su principal cuidado la conservación del suyo.

Miradlos bien; sucios, descalzos, destrozados, pequeños, de aspecto humilde... son, sin embargo, los héroes de la jornada. ¡Saludadlos con respeto! En ellos reside el inmortal espíritu de la Infantería.

FEDERICO DE MADARIAGA.

ROCROY

A mi patria.

Canten otros las victorias
que te dieron lustre en Flandes;
yo exhumo hazañas más grandes
del archivo de tus glorias.

Digan ellos lo que hiciste
cuando, de reyes señora,
altanera y vencedora
todo el mundo recorriste.

Y deja que mi alma inquieta
te busque en tus amarguras,
y templen tus desventuras
los cantares del poeta.

¡Madre, eres grande, inmortal!
Yo te adoro, yo te admiro
en todo el revuelto giro
de tu carrera triunfal.

Y nunca mis ojos ven
que tu firmeza se ablande:
cuando vences, eres grande;
cuando no vences... ¡también!

Así en Rocroy: claro día
que ilumina esplendores
todo el pasado glorioso
de la hispana infantería.

Persiguiendo iguales fines,
flotan vistosos pendones,
crujen férreos los cañones,
suenan roncós los clarines.

Se oyen gritos y cantares,
una queja, un juramento,
chocan juntas en el viento
las fanfarrias militares.

Y entre rojos arboles
se asoma el sol á admirar
cómo allí se hacen matar
los soldados españoles;

Que siguiendo de esta suerte
el camino de la gloria,
cuando no con la victoria
se tropiezan con la muerte.

Sobre el campo, que trepida
al pasar los escuadrones,
cual manada de leones
que defienden su guarida;

Libres de arrogancias vanas,
enérgicos, vigorosos,
ríen los tercios famosos
de las tropas castellanas.

Tres días llevan luchando,
y tres días resistiendo,
y va mi España perdiendo
lo que Francia va ganando.

Saló el sol, pónese el sol,
é ilumina en la pradera
siempre en alto la bandera
del Ejército español.

Ninguno cuartel espere
de la hispana infantería;
su agonía es la agonía
del león que mata y muere.

Sabe que el cielo la espera.
Toma á todos por testigos,
y con cuerpos de enemigos
se está haciendo una escalera.

Y sigue el plomo cayendo,
y las bombas reventando;
y los unos avanzando,
y los otros resistiendo.

Una nueva sacudida...
otro empuje... ¡ya son pocos!...
¿Por qué luchan esos locos
si la acción está perdida?

Porque no quieren vivir;
porque España no se rinde
mientras la suerte la brinde
el recurso de morir.

Y van cayendo uno á uno...
y cediendo paso á paso...
¡Ya llega el sol á su ocaso!...
¡Ya no queda en pie ninguno!...

Llegó la noche callada
con su cortejo de estrellas,
y surgió la luna entre ellas
misteriosa y sosegada.

¡Y en la noche parecían
las estrellas solitarias
como teas funerarias
que por tanto muerto ardían!

Y cuentan que á un pobre herido,

el General vencedor,
testigo de su valor,
le preguntó enternecido:

—¿Cuántos érais los guerreros
que en acción habéis entrado?
—¡Contad los que habéis matado
y contad los prisioneros!

No temáis que el alma mía
voz al entusiasmo preste:
¡no hay epitafio como éste
para aquella infantería

¡Salve España, fiel matrona,
iris de gloria fecundo!
Todos los pueblos del mundo
han tejido tu corona.

No te importe, patria mía
verte sola en el vacío,
sin el amplio poderío
que ganó tu bizarría.

Jamás la envidia importuna
logrará vencerte en Flandes:
habrá naciones muy grandes,
como tú, madre, ¡ninguna!

EUGENIO DE OLAVARRÍA.

Excmo. Sr. Teniente general

DON FERNANDO PRIMO DE RIVERA Y SOBREMONTÉ

MARQUÉS DE ESTELLA

Inspector general de Infantería.

La biografía de este ilustre General es muy conocida, y ha sido ya publicada en esta Revista.

Sus antecedentes y servicios son altamente apreciados en el país, y sus excepcionales condiciones de carácter le han conquistado por do quiera universales simpatías.

Para la mayor parte de los jefes de Cuerpo que han asistido á las últimas fiestas, D. Fernando Primo de Rivera es aquel profesor inteligente, de perspicaz mirada, de sin igual amabilidad y de voluntad firme, que les enseñó, con el ejemplo, á dirigir sus primeros pasos por la senda del honor y del deber, desembarazando de abrojos el camino y haciendo por todo extremo fácil la jornada. El simpático capitán del Colegio de infantería, aquel profesor que en todas las ocasiones supo hacerse respetar y querer, ha sido luego el distinguido Oficial general que al aparecer en las comarcas del Norte los primeros síntomas de la insurrección absolutista, voló entusiasta á combatirla; y un día y otro, sin mostrar jamás desaliento, sin desconfiar nunca del resultado, consagróse á esta noble empresa, vertiendo su sangre, poniendo en constante tributo su inteligencia y sus fuerzas, hasta lograr ver clavada sobre los baluartes de la tenaz Estella la bandera de la libertad.

Primo de Rivera es aquel General que dispersó en Dima, con un batallón, al cabecilla Goirena, y aseguró la paz en el distrito de Vascongadas; el que, al volver á encenderse la guerra meses después, fué nombrado segundo de Moriones, y batió al tenaz carlista en Azpeitia y Azcoitia, escarmentándole aún más duramente en Aya; el que después de un paréntesis de siete meses, ocasionado por un cambio político, regresó al teatro de la guerra, y midió rudamente sus armas con el enemigo en Allo, Dicastillo, Caserio de Baigorri, Larraga, Oteiza y tantos y tantos hechos memorables; y, por último, el bravo y sereno General que mereció de un hombre tan parco en tributar elogios como D. Domingo Moriones, estas frases, tomadas del parte de las batallas de Luquin, Barbárin y Urbiola:

«No obstante de ser conocidas en el ejército

las brillantes condiciones que reúne el acreditado y entendido general D. Fernando Primo de Rivera, cumple á mi deber elevar á conocimiento del Gobierno el distinguido comportamiento y relevantes servicios que con la división á sus órdenes ha prestado en la batalla de la línea de Montejurra (da aquí cuenta de haberle confiado el cometido más importante, y del valor, inteligencia y serenidad con que lo cumplió, y termina diciendo): Merece, pues, por mi parte, todo elogio su comportamiento, y sus servicios son dignos de la gratitud de la patria, que tiene en el citado General una esperanza, debiendo estar orgulloso el ejército con tan entendido y valiente caudillo, que le conducirá siempre á la victoria.»

No disponemos de espacio para seguir paso á paso los hechos brillantes de este bizarro General, cuyo retrato aparece en este número con motivo de las solemnidades que el Arma de Infantería acaba de celebrar bajo la dirección inteligente de su Inspector general, que en esta ocasión ha demostrado una vez más la grandeza de sus concepciones y la seguridad de sus escritos, pues el programa de los festejos se ha cumplido tanto en Madrid como en provincias, con tal lucimiento y esplendor, que quedará memoria imperecedera y constituirá siempre tan grandiosa solemnidad un título y un recuerdo honroso para la distinguida y valerosa Infantería.

El general Tejeiro.

Plácemes sin cuento ha recibido este distinguido General por el acierto con que ha desempeñado la Presidencia de la Comisión organizadora de las fiestas del Arma de Infantería; y cuantos elogios se tributan á su inteligencia y actividad, son bien merecidos.

Nació en Barcelona.

Tiene cuarenta y nueve años, y su trato es familiar y muy distinguido á la vez, como manifestación, en fin, de un carácter firme y amable. Muy entusiasta por el arma de que procede (Infantería), fué el iniciador y principal organizador, con el general Primo Rivera, de las grandiosas fiestas últimas.

Su despacho está siempre abierto á todo el mundo. A nadie niega audiencia; ningún esfuerzo de consideración elude. Por eso son tan generales y entusiastas las simpatías que disfruta, y por eso lo ha reelegido tres veces vicepresidente el *Centro Militar*.

Sus servicios, como militar, son de doble aspecto y ofrecen esa misma nota armónica que caracteriza supersonalidad entera. Sereno arrojo en la toma de Olavarre, y otros varios hechos de armas; discreción, tacto admirable; gran talento en cuantas difíciles y arriesgadas comisiones se le confiaron en la revuelta época de la revolución, de la indisciplina del Ejército y de las agitaciones demagógicas.

Ayudante del general Prim, del rey Amadeo y del general Burgos, el general Tejeiro podría facilitar muy buenos datos de este período de la historia de España, tan interesante y borrascoso.

Ha hecho gran parte de su carrera por servicios de campaña, obteniendo como recompensa el empleo de comandante, grado de teniente coronel, grado de coronel y empleo de teniente coronel.

Esperamos y deseamos, en fin, verle pronto ascendido á General de división. Y los infantes le considerarán siempre como uno de sus más

queridos y mas resueltos adalides; porque es incomparable su entusiasmo y su abnegación en cuanto se refiere al porvenir y engrandecimiento del Arma de Infantería.

Réstanos, en fin, consignar que cuando el general Ibáñez, como Director del Instituto Geográfico, realizó en ciertas ocasiones trabajos técnicos de una dificultad y complejidad extraordinarias, el general Tejeiro le secundó tan admirablemente, que obtuvo mención especial y distinción honrosa por su incuestionable aptitud científica y de organización general.

Encuanto al *Colegio-Huérfanos de infantería*, ó *Reina Cristina*, se deben al general Tejeiro tan constante concurso y eficaces cuidados, que nunca se le reconocerá demasiado tan noble y delicada gestión.

O.

El soldado español.

Al publicar un número dedicado á conmemorar los festejos celebrados por el Arma de Infantería en honor de su Excelsa Patrona, sería una omisión imperdonable no consignar de algún modo gráfico el tributo debido á las altas prendas y singulares virtudes del soldado español.

Y de ningún modo acertamos mejor á darle ese testimonio de admiración que reproduciendo esa hermosa figura, en cuyas líneas logró compendiar el inolvidable Balaca todo el poema glorioso de nuestra bizarra Infantería.

El genio del artista ha dejado una revelación grandiosa de su intuición en esos rasgos que tan admirablemente expresan las virtudes y el carácter noble y generoso de nuestro soldado.

Es el mismo de las conquistas de Italia, de Lepanto, de Africa, porque con arco, pica, arcabúz ó Remington, el fondo íntimo de su carácter no varía jamás. Es en todos tiempos el mismo, *bravo*, *terco* y *sobrio*, según la calificación de escritores extranjeros; es siempre aquel inmortal guerrillero de Covadonga, á quien debemos la patria; aquel animoso almogávar, vencedor de la antigua Bizancio; aquél intrépido sitiador de Algeciras y triunfador del Salado; es aquel soldado de nuestros legendarios tercios, entusiasta y sublime con Gonzalo de Córdoba; feroz é indomable, con el duque de Alba; aventurero, con D. Juan de Austria. En Granada, él determina el renacimiento del arte militar con aquella conquista gloriosa; en Italia, todos le temen y le admiran, los Generales extranjeros, se disputan su mando; él triunfa en Cerignola y en el Garellano, y por él sólo son verosímiles las extraordinarias proezas de Colonna, Navarro, Alarcón, Leiva, Dávila, Farnesio, Ulloa; capitanes insignes y dignos discípulos de Gonzalo de Córdoba.

Vencido ó victorioso, nuestro soldado conserva siempre sus rasgos característicos; lo mismo se bate sin jefes que con ellos. Al influjo de una iniciativa ilustrada, se muestra prudente y disciplinado como un alemán; pero si el mando flaquea, él suple en el momento crítico toda dirección salvadora, toda acción decisiva. Él lo es todo en los conflictos supremos de la patria: soldado de línea, general en jefe, artillero, explorador, flanqueador, obrero, y por esto se bate, lo mismo en San Quintín, que en Bailén, que en Zaragoza; lo mismo en las montañas que en los campos y en las ciudades. Para todas las combinaciones tácti-

cas más variadas, es un elemento irreemplazable; y recorriendo sus proezas insignes á través de la Historia, se ve con cuánta exactitud y justicia decía D. Luis Fernández de Córdoba, de nuestro soldado: «No tiene superior ni semejante, sobre todo en la guerra de montaña, y no lo tendría en ninguna clase de guerra, si las circunstancias generales del país permitiesen á una mejor organización militar, utilizar sus casi increíbles cualidades físicas, sus heroicas prendas morales, y, sobre todo, ese imperturbable buen humor, esa incansable constancia que ni el cansancio debilita, ni la intemperie y desnudez enfrían, ni la derrota ni ningún género de reveses de guerra amengua.»

La organización militar

EN SU MÁS PROFUNDO Y TRASCENDENTAL SENTIDO

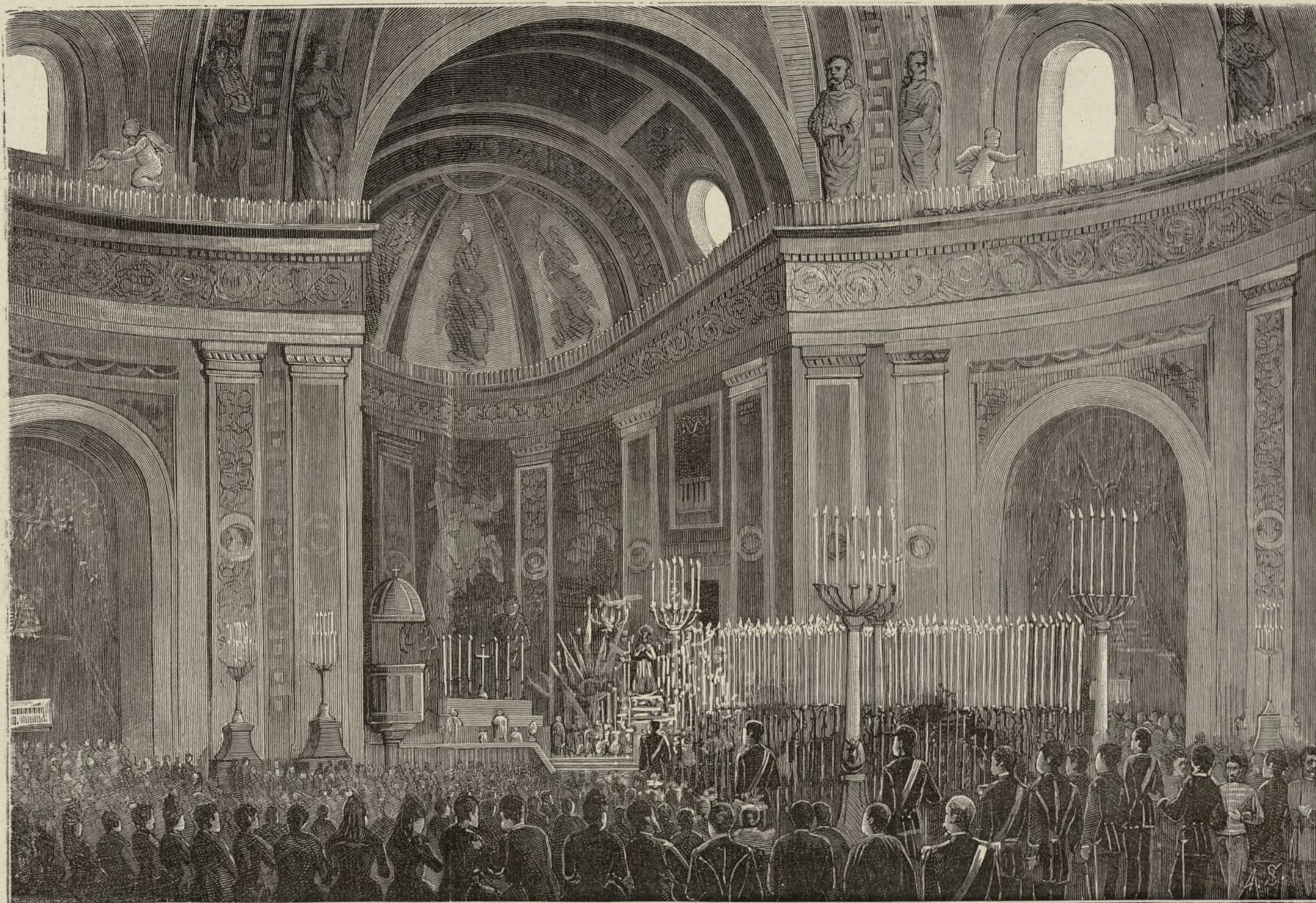
Hay dos clases de organización práctica: la *legal*, la *oficial*, la *potestativa* y la *libre*. No son opuestas, sino correlativas. No se excluyen; al contrario, se concilian, se completan. Separadas, tiende una (la libre) al particularismo, al anarquismo; otra (la oficial) al despotismo, al cesarismo. Juntas y bien definidas, constituyen la fórmula del bienestar social, entendido como el conjunto de todas las satisfacciones personales lícitas.

La organización libre aspira siempre á reducir la acción militar, la fuerza efectiva de Estado. Pide un presupuesto de la paz, ó, de otro modo, neutralidad; poco ejército, poca atención á las relaciones internacionales, renuncia á todo desenvolvimiento exterior, forzoso ó voluntario. Pero pide también mucha Guardia civil, muchos carabineros; mucha policía y muchos guardas de consumos. Porque la organización libre es esencialmente arbitraria, egoísta, no toma, en fin, en cuenta el bienestar de todos, sino el de los más fuertes ó más hábiles: el de los que triunfan. Por eso su bandera, sus gritos de combate son *Libre concurso*, *Libre cambio*, *Neutralidad*, *Desarme*. A estos gritos contesto, con el Sr. Cánovas: «No hay derecho á contratar el suicidio (individual ni social);» con León XIII: «El menor sueldo no debe ser insuficiente para alimentar, vestir y alojar una familia de cuatro personas.» Y con el general Azcárraga: «Hay que precisar bien los límites de la arbitrariedad y la razón.»

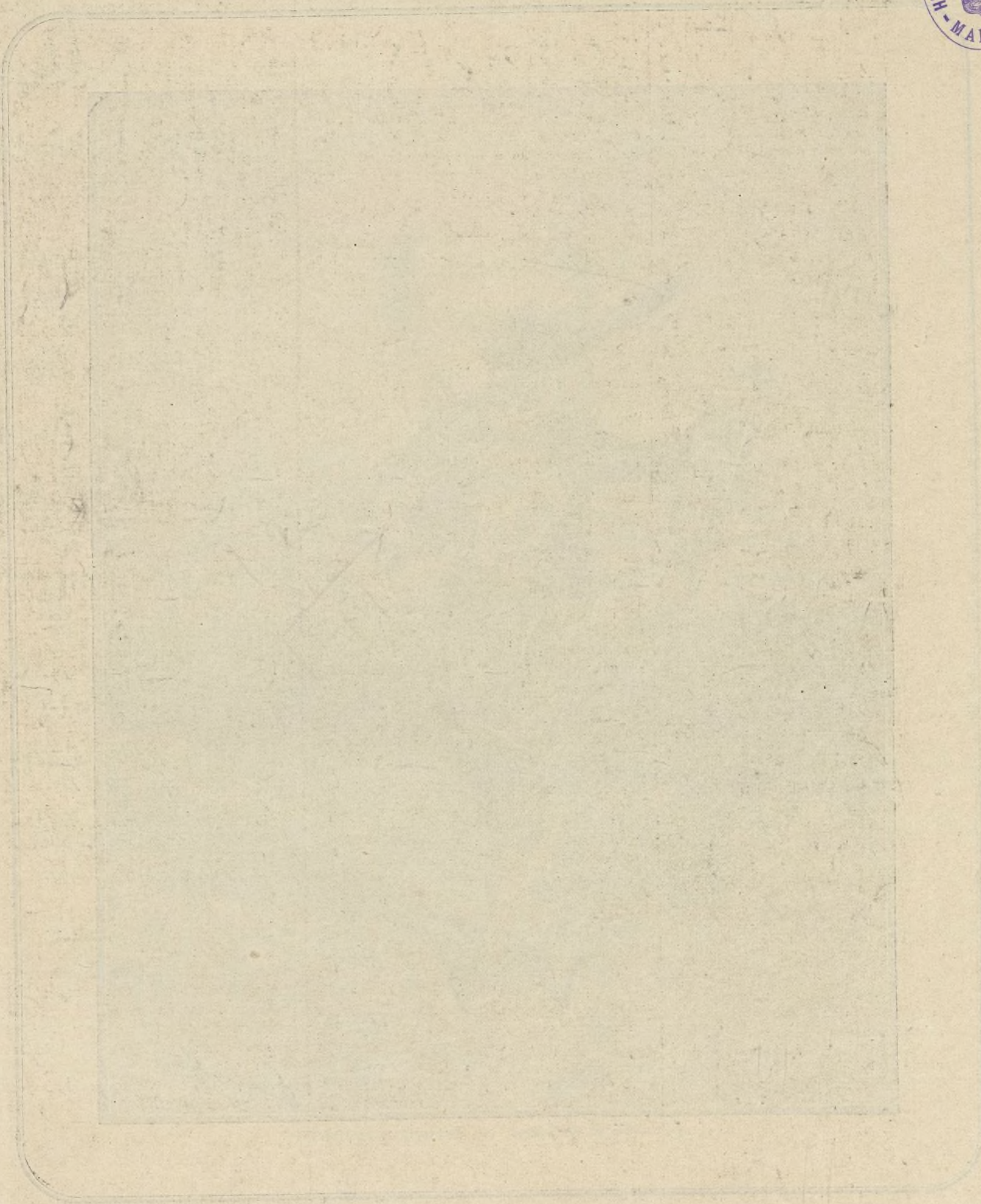
En efecto, urge ante todo distinguir la necesidad de operar, de la de organizar; los fines inmediatos, ó de bien parcial, de los fines últimos, ó de bien total. Y para esto, la organización libre ó potestativa sola, es ineficaz; se limita por su concepto estrecho del poder, y se anula por su tendencia resueltamente arbitraria, anárquica. Completémos, pues, el concepto de la libertad del concurso, con el de la ley, con el de la milicia.

El general marqués de Fuentesfidel suele decir que la profesión militar es la subordinación voluntaria, la renuncia á toda satisfacción personal, incompatible con el bien de todos.

El general López Domínguez me ha corregido recientemente la frase el *Derecho* y la *Guerra*, indicándome que el *Derecho* está también en la *Guerra*, ó de otro modo, que la *Guerra* no es algo contrario al *Derecho*, sino el empleo racional de la fuerza, y, por consiguiente, un *Derecho* vivo, pues el *Derecho* sin fuerza es una pura idealidad. Don Manuel Becerra me ha dicho varias veces que el or-



SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE, EN SUFRAGIO DE TODOS LOS FALLECIDOS QUE HAN PERTENECIDO AL ARMA DE INFANTERIA.



LA ILUSTRACIÓN NACIONAL



INFANTERÍA ESPAÑOLA.—EL ARCABUCERO (*Acuarela del malogrado Fortuny*).

SUPLEMENTO AL NUM. 35.

Dedicado al Arma de Infantería.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL



EXCMO. SR. D. FERNANDO PRIMO DE RIVERA, TENIENTE GENERAL,
Inspector general del Arma de Infantería.

SUPLEMENTO AL NUM. 35 DEL AÑO XIII.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL



LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, EXCELSA PATRONA DEL ARMA DE INFANTERÍA.
(Copia del cuadro de Murillo.)



MADRID.—GRAN BANQUETE CELEBRADO POR EL ARMA DE INFANTERÍA EN LA GALERÍA CENTRAL DE LA NUEVA ESTACIÓN DEL MEDIODÍA. (Dibujo de Méndez Bringa, grabado de Traver.)

den militar es una moral *con obligación y sanción*. Por referencia, tengo entendido que los generales Martínez Campos, Pavía, Borrero, Bermúdez Reina, Seriffá y muchos otros de gran prestigio, opinan lo mismo con respecto á la necesidad de extender el círculo de las obligaciones legales, y mantenernos á igual distancia del egoísmo que corroe, y el sacrificio inútil que á nadie aprovecha.

No debo prolongar este trabajo con más citas; pero, en suma, todas esas frases: *religión del honor, servicio de la patria, espada de la justicia...* prueban que la milicia es algo más que una profesión: es, en efecto, un régimen, una organización necesaria, ineludible, para salvar, no ya la simple vida de un individuo, sino la más compleja de una asociación; la más importante de un territorio independiente, de una región, y la más trascendental, de todo el género humano.

Pero los arbitristas, los casuistas, se esfuerzan en representar la milicia como sólo un medio de destrucción, de acción negativa, irreflexiva, brutal. La quieren; no niegan su necesidad ni utilidad; toda fuerza es útil á alguien; pero la colocan á merced del más emprendedor, del más poderoso, en un medio absolutamente arbitrario y en una sociedad sin más dique que *algunas mallas* (muy imperfectamente tejidas), y estos *consejos*, no mandatos, del Sr. Azcárate: «Gana cuanto puedas» «Haz todo el bien que puedas».

¿Cómo se reirán los violentos ó astutos, de todas las clases sociales, leyendo esta última frase de exhortación cristiana!

No: el sentido verdaderamente moral, la organización militar, se opone á ese libre concurso, á esa declaración de ganancia y bien *potestativos, sin límites, sin condiciones*; á esa concurrencia feroz, cuyas cortesías excitaciones á la *neutralidad* me recuerdan otras infantiles y más vulgares, pero de igual triste dureza: *á la rebata; al que más pueda*.

No: ni dentro ni fuera quiero para mi patria esa actitud fría que lo abandona todo al azar; que no cree posible prevenir ni organizar nada; que considera el bien como un objeto accidental, subalterno, y lo coloca, no en el dominio del concurso forzoso, sino en el arbitrario, en el potestativo, en el de la frágil, de la tornadiza iniciativa personal. No; la organización militar no puede ser indiferente ó neutral hasta ese extremo; y en nombre de la razón y del orden, que es su propio y principal objeto, yo declaro que urge un señalamiento de límites entre la arbitrariedad y la razón, lo mismo en el dominio teórico que en el práctico; y que este trabajo puede realizarse con éxito, si se toma por punto de partida el criterio que se trasparenta y condensa en los dos lemas siguientes:

Para las Ciencias:

«Ni empíricos (sólo impresiones), ni metafísicos (sólo consideraciones). *Pensadores.*»

Para las Aplicaciones:

«Ni legómanos (sólo restricciones), ni legófobos (sólo libertades). *Justos.*»

Resumen: la organización es militar si se reduce á un cierto número de Ciencias, bien definidas, y de Aplicaciones, bien fundadas sobre las verdades científicas, para la felicidad de todos y cada uno de los hombres. Si no es así, conduce á la confusión ó la ilusión en las Ciencias, y al despotismo ó el comunismo en las Aplicaciones.

ORDÁS.

Paso de ataque.

Á MI AMIGO MUY QUERIDO JOSÉ DE ROURE

El corneta López era el muchacho más alegre del ejército Morenillo, bajo, feúcho, no podía ciertamente dominar á las patronas por su físico y, sin embargo, no había en los alojamientos partida más llorada que la suya, y los muchachos más robustos y esbeltos y apetezibles de las provincias vascas y de la vecina tierra de Burgos, sentían, al encuentro del corneta, heridos sus corazones, si no de punta de amor, de dardos de simpatía. ¡Es un gitano! exclamaban apenas él con su trato les iniciaba en los comunicativos encantos de su alegría; y el corneta López contestaba vivamente á tales exclamaciones: «¿Gitano? ¡Y tanto como debo serlo; no conozco á mi padre ni á mi madre, y la tierra en que yo nací es tierra de gitanería, y por tal está reputada en muchas léguas á la redonda! Conque gitano soy, y sin más familia que esta corneta, ni más amparo que el batallón, ni más suegra que los carlistas, ni más amor que las buenas mozas y el vino, ni más afán que el tocar paso de ataque.»

Y era cierto que lo tocaba con todos sus pulmones, y dando á los vibrantes sonidos del clarín brutales acentos de odio, de desesperación, de sed de sangre.

Los soldados de su batallón respondían al paso de ataque del corneta López como si un impulso magnético les arrastrara contre el enemigo, y escuchando las notas feroces de aquel clarín agudísimo, hasta las bayonetas parecían más afiladas y el sol las arrancaba más vívaces destellos.

¿Cuántas veces los carlistas habían temblado oyéndolas detrás de las trincheras! Pero el acto más sublime de aquel clarín y de aquel muchacho morenillo, bajo y feúcho, se realizó en las alturas de Somorrostro, enrojecidas hoy por el hierro que la explotación minera arranca de sus entrañas, encharcadas entonces por la sangre de nuestros heroicos soldados.

Después de esfuerzos indecibles y de pérdidas considerables, restaba como término de la jornada la posesión de una línea de trincheras tercamente defendidas por los carlistas, y que formaban una verdadera línea de fuego y de destrucción. Las fuerzas enviadas al asalto de trincheras se desorganizaban ante su nutridísimo fuego, y á duras penas las rehacían los oficiales, fuera ya de la crudeza del combate.

Entonces el corneta López, rastreando por el suelo, avanzando de chaparro en chaparro, con la corneta en la nerviosa diestra, el pensamiento en el honor del ejército que él veía materializado ante sus ojos con los manchones amarillos y rojos de la bandera nacional, y sin curarse del peligro ni vacilar un momento, llegó entre el humo de los disparos hasta la línea de las trincheras, é irguiéndose con la fiereza de un león, comenzó á tocar más desesperadamente que nunca su irresistible paso de ataque.

El milagro se operó una vez más: arrastrados por los sonidos del clarín, los soldados, dispersos ó miedosos, se arrojaron denodada, locamente sobre las trincheras; y cuando el grito salvaje del triunfo anunció que éstas habían sido tomadas, cesó de sonar el paso de ataque.

El corneta López yacía por tierra: había recibido dos balazos, uno en un brazo y otro en una pierna. Fué preciso amputarle ésta, y el brazo herido quedó inútil: ¡adiós la alegría del

heroico muchacho! El Gobierno le concedió una cruz laureada. ¡Diez reales de premio al mes! ¡Por algo decía el pobre López que había nacido en tierra de gitanos!

Todo Madrid le ha visto durante largo tiempo, recorriendo las calles de la capital para solicitar la limosna de los transeúntes. La familia se había aumentado; conservaba la corneta, y además tenía un perro. Un perro como él, bajillo y feúcho, pero en posesión ágil y absoluta de sus cuatro remos; es verdad que no había servido á la patria.

El pobre López, con aquella pierna de palo y aquel brazo izquierdo rígido, daba conciertos de corneta en las esquinas de las calles; y muchas veces censuraban los transeúntes el agrio sonido de su heroico instrumento. ¡Esto no puede tolerarse! exclamaban: ¡esa corneta desgarró los oídos; el Ayuntamiento debía prohibir tan bárbaros conciertos!

¡Ah, señores! ¡Si ustedes supieran cómo había sonado aquella corneta en Somorrostro!

El pobre López pasaba sus hambres y sus miserias, sobre todo en la ruda estación del invierno, cuando aun las manos más caritativas olvidan, al calor de los bolsillos del gabán, la dulcísima acción de la limosna; pero mal que bien, el ex-corneta iba viviendo, una temporada sin hogar, y otra temporada en los desmontes.

El último invierno... Había recorrido inútilmente las principales calles de Madrid; la helada noche se echaba encima. La pitanza en los días anteriores fué escasísima. Aquel día, ni un mendrugo de pan. Según avanzaba la noche, se iban quedando más desiertas las calles. Era inútil reanudar sus desagradables conciertos en ninguna esquina. Madrid le arrojaba de su seno; las fachadas de las casas parecían decirle «¿qué haces aquí?» y él, rengueando, rengueando, se alejaba del casco de la villa pensando que tal vez en el próximo término de Vallecas encontraría, entre matuteros ó gente maleante, un amparo, una casa, un sitio á la lumbre, un pedazo de pan.

Pero el frío, que fué tan horrible, entumecía su cuerpo y le apretaba las sienes como con manos de hierro. Intentó andar más de prisa; pero sintió en todo su cuerpo el endurecimiento, la rigidez de aquel brazo inutilizado, perdido en defensa de la patria bandera. De pronto, y con un supremo esfuerzo, se llevó la corneta á los labios, y se dijo resueltamente á sí mismo: «¡paso de ataque!» Las vibrantes y desesperadas notas del paso de ataque resonaron en los desiertos y silenciosos campos. La helada noche se estremecía al oírlas. Primero sonaron como un enérgico juramento, después como una súplica desesperada, después como un desmayado lamento, y luego, cayó el silencio á plomo. y al cabo sonaron los lúgubres aullidos de un perro, de un perro bajillo y feúcho, á quien la muerte dejaba sin amo, sin amigo...

Y allá abajo, sobre el fondo macizo de las casas, brillaban las mil lucecillas de Madrid; y allá arriba, en el etéreo dosel de los cielos, parpadeaban los resplandores de las estrellas.

Y al siguiente día, celebrando no sé qué fiesta nacional, ondeaba en todos los edificios del Estado la gloriosa bandera de la patria, cuyos manchones amarillos y rojos había visto relampaguear el heroico corneta como caldeados al fuego de su paso de ataque.

MATÍAS DE PADILLA

El corneta Plácido.

¡Cuidado si era valiente aquel cornetilla imberbe del 12 de ligeros!

La primera corneta que lanzaba al aire los agudos y penetrantes sonidos de la *fajina* para desplegar en guerrilla, era la suya, y siempre la última que tocaba *retirarla*.

Cuando la columna acampaba ó se guarecía en algún pueblo para tomar descanso, eran de ver los corrillos de soldados que rodeaban al cornetilla Plácido para escuchar el toque de *retreta*. Como si el sencillo instrumento albergara en su metálico organismo un alma inmortal, así eran de melancólicos y dulces los sonidos que los labios y el pulmón del músico arrancaban de sus entrañas de cobre.

En cuanto espiraba la última nota, aplaudía el soldadresco auditorio, pidiendo alborozado la repetición del toque, y esto, que ocurría muchas veces, traía á mal traer á los demás cornetas de la banda, incluso al sargento, jefe de ella, que mal humorado y mohino, confesaba su inferioridad profesional ante aquel *muñeco*.

Sólo un corneta, uno sólo, perro viejo en achaques de toques y de batallas, miraba á Plácido con paternal ternura, y se extasiaba oyéndole tocar, cuando el chiquillo se lucía por las noches, ó se le oprimía fuertemente el corazón cada vez que sus ojos le divisaban entre el humo de la pólvora, marchando al frente de su compañía y haciendo sonar con energía el *paso de ataque*.

Este cariño, inexplicable por lo vehemente, fué causa de ciertas habillitas poco decorosas entre los de la banda, y aún fuera de ella; pero el corneta *D. Ramón*, que así le llamaban todos, tenía malas pulgas, y además muy buenos puños, y sin más razones que éstas, logró dominar en su principio toda murmuración en voz alta sobre su cariño á Plácido.

—¡Bah!—dijeron muchos:—será su padre. Pero, si lo es, ¿por qué ocultarlo?

Otros decían:

—¡Aquí hay misterio! *Don Ramón* no se aparta un solo momento del corneta Plácido. Con él se aloja, con él come, con él duerme, y, en fin, no parece sino que es su propia sombra.

Ello es que las murmuraciones cesaron, y el cornetilla Plácido logró imponerse á la columna por el arte mágico de su embocadura y sus pulmones, hasta el punto de ser nombrado corneta de órdenes del General de la brigada, con gran disgusto de *D. Ramón*, que hubiera preferido tenerle á su lado siempre en la banda.

Así las cosas, ocurrió un fuerte choque entre la columna y las fuerzas enemigas. El Brigadier, en el fragor de la lucha, juraba y perjuraba por haber caído en la red que le tendieran varias partidas reunidas, que vagaban por el Maestrazgo. Era hombre seco, enjuto, parco en el hablar y diligente en la acción, valiente hasta rayar en temerario, y agrio como zumo de limón; pero de un corazón tan franco y generoso, que más de una vez se le vió, en lo más crudo del invierno, poner sobre los hombros de un herido su propio capote.

El Brigadier, desde un principio, comprendió que aquel día iba á llevar la peor parte en la refriega. El enemigo era muy superior en fuerzas, y además había tomado posiciones estratégicas excelentes.

Así, pues, decidió salvar á toda costa el ho-

nor de las armas, economizando, en todo lo posible, las vidas de sus subordinados.

De repente, una idea vino á iluminar con resplandores sus ojos pardos. Pasóse dos ó tres veces con celeridad nerviosa su mano por la cana perilla, y dirigiéndose al corneta Plácido, que seguía detrás de su caballo, como el acero al imán, le dijo:

—Plácido, ¿tú te atreverías á cumplir fielmente una arriesgada empresa que voy á darte?

—No conozco el miedo, mi Brigadier.

—Pues bien; eres joven, tienes las piernas ligeras y el corazón de un valiente. Es preciso que el enemigo oiga el paso de ataque por distintos lados y con contraseñas diferentes. No hay corneta en la banda que tenga tus pulmones. Así, pues, espero que estarás en todas partes y en las líneas más avanzadas. ¿Conoces las señas de los batallones de la brigada Rayo? Bien; pues es preciso hacerlas oír todas á esos bandidos, para que crean que contamos con dobles fuerzas, que dobles fuerzas son las que les atacan. Mi reloj de oro y los galones de sargento son tuyos si se gana la batalla.

No esperó más el corneta Plácido. Después de saludar militarmente al Brigadier, echó á correr con la celeridad propia de sus pocos años y de su animoso corazón.

Mientras tanto, el combate se generalizaba en ambos campos. El espeso y denso humo cubría la atmósfera. Los disparos repercutían en los bosques como secos y formidables trallazos de cien látigos gigantes. La metralla abría brecha entre las filas de uno y otro bando... y el Brigadier, multiplicándose por todas partes, nervioso, estirándose siempre con celeridad su perilla cana, daba disposiciones; levantaba el ánimo de jefes y soldados con palabras enérgicas ó frases cariñosas, intercalando algún juramento cada vez que veía retroceder á alguna fracción de su gente, acrobillada por el plomo enemigo.

Pasados treinta minutos, empiezan á animarse los batallones, atacando intrépidamente los más frescos y rehaciéndose los más castigados. Las voces de «¡Refuerzos! ¡Refuerzos!» recorren toda la brigada con celeridad eléctrica. El enemigo empieza á cejar en el ataque, iniciando la defensiva. El rostro curtido del Brigadier se anima de repente, dibujándose en sus ojos pardos los primeros resplandores del triunfo. ¿Qué ha pasado?

¡Oh! ¡Sólo él y el corneta Plácido lo saben!

Mientras tanto éste, poseído de alas milagrosas, tan pronto está en un flanco como en otro. Ya se le oye en el centro de la columna, ya en la vanguardia. Su corneta no cesa ni un instante de tocar paso de ataque, terminando con las diferentes contraseñas de los batallones de la brigada Rayo, que son las que animan á los combatientes, tanto como amedrentan al enemigo, descorazonado por este importante y supuesto refuerzo.

Al fin, y pasada otra media hora, el Brigadier observa que los suyos han coronado las alturas. Ya no se oye más que un tenue tiroteo, ni se ve más que el polvo que levanta la caballería persiguiendo á los fugitivos. Las músicas tocan la *diana* en señal de júbilo y...

—¡El corneta Plácido!... ¡A ver, que se presente inmediatamente el corneta Plácido! exclama el Brigadier emocionado, dirigiéndose á los que le rodean.

Pero el corneta Plácido no se presenta... y transcurre tiempo.

—¡Que busquen al corneta Plácido! vuelve á exclamar el Brigadier con voz de trueno.

Y entonces, jadeante, con la faz cadavérica y cubierta de lágrimas, llega hasta los pies del Brigadier el corneta *Don Ramón*, diciendo con voz ronca y entrecortada por el llanto:

—¡Que me fusilen, mi Brigadier! Yo no quiero vivir más. He cometido una falta, y no quiero vivir más. ¡Que me fusilen!

—¿Qué dice este corneta?

—¡Yo lo confesaré todo, todo, porque no quiero vivir más en este mundo! Si V. E. me da su venia, yo le explicaré á V. E. lo que...

Y *Don Ramón* rompió á llorar amargamente.

El corneta Plácido había muerto junto á una trinchera en la última fase del combate. Aquel muchachuelo, admiración de la columna por el arte mágico de su embocadura y sus pulmones, era una muchacha, huérfana de madre, é hija de *Don Ramón*, quien no queriendo dejarla sola y desamparada entre los escollos de la vida, le había llevado siempre consigo, haciéndola variar de sexo.

Cuando el Brigadier oyó la relación de los temblorosos labios del viejo corneta, le dijo:

—Levántate y ponte estos galones, y guarda ese reloj de oro, como preciada herencia del que fué en vida animoso, subordinado y valiente *corneta Plácido*.

Después, un batallón de la brigada desfiló en columna de honor, silenciosamente, por delante de las cuatro tablas que guardaban los restos mortales de la pobre criatura.

EDUARDO CASADO BERBÉN.

La careta humana.

Si en el perpetuo carnaval del mundo
no usáramos careta,

es decir, esa máscara de carne

que oculta la conciencia,

esa movible faz que artificiosa

el pensamiento vela,

el anoroma hermoso de la vida

¡cuán negro y triste fuera!...

Si de improviso Dios nos arrancara

con su potente diestra

ese antifaz de piel, Mercurio hábil

de pasiones violentas,

nos causaría desconsuelo amargo,

estupor y vergüenza,

contemplar al desnudo las maldades,

traiciones y miserias

que del hombre en la mente veleidosa

anidan ó fermentan.

¡Qué curioso sería el espectáculo

que nuestros ojos vieran!...

¡Cuánto amor, ilusiones y esperanzas,

y proyectos y empresas,

y hasta el deseo que á vivir excita

en un punto murieran!...

¡Bien hayan la mentira y las ficciones,

que á lo menos alientan,

la duda y el error que esmaltar suelen

de la vida la senda!

Sin lo falso, lo abstruso y misterioso,

la verdad no existiera;

y este bien no buscáramos con ansia

como bondad suprema,

si pródiga brillara en todas partes

desnuda y sin reserva.

Pues que Dios nos ha dado con el rostro

una carnal careta,

fué para un alto fin, porque no puede

errar nunca su ciencia.

Es quizá para hacer que, recelando

de todos en la tierra,

busquemos la verdad que de Él emana

en la celeste esfera.

LUIS BONAFÓS

Bibliografía.

Resumen de la historia de América, por D. Nicolás Estébanez. Un volumen en 8.º, de 438 páginas, con grabados. París, Garnier, hermanos.

No será desconocida á los lectores de esta ILUSTRACIÓN la firma del Sr. Estébanez, pues en ella ha colaborado en distintas ocasiones, y por cierto para tratar asuntos históricos relativos á las guerras de América. La aparición de un libro como el en que vamos á ocuparnos, ofrece, por lo mismo, especialísimo interés; por-

por medio de un escritor español, muy versado en estudios americanos y muy conocedor de aquellas tierras.

El Sr. Estébanez divide su *Resumen* en tres partes: la primera dedicada á la *América primitiva*, la segunda á la *Historia colonial*, y la tercera á la *Independencia americana*. En la primera describe con gran claridad y precisión el continente americano; nos da á conocer sus razas; estudia sumariamente las grandes imperios que en él se fundaron, analizando la constitución del de los Incas y el de los

la Independencia americana, en la que, libre de todo prejuicio, el Sr. Estébanez hace cumplida justicia á españoles y americanos. «Si fueron gigantes los españoles del siglo XVI, conquistando un mundo material—escribe,—colosos fueron sus descendientes los hispano-americanos conquistando en el siglo XIX la libertad de aquel mundo... Unos y otros realizaron titánicas empresas; la raza en tres siglos no había degenerado. España defendió con perseverancia la posesión de América, porque la amaba; América debe pagarla con amor.



EXPEDICIÓN Á ARANJUEZ.—ASPECTO DEL ANDEN ANTES DE PARTIR EL TREN.

que quien como el Sr. Estébanez ha estudiado concienzudamente la historia, las instituciones y las costumbres americanas; ha viajado por aquellos hermosos países que un día formaron parte de nuestros dominios, y ha podido, por lo mismo, apreciar por sí mismo los hombres y las cosas de América, bien puede acometer la empresa de escribir acerca del pasado de esas naciones con las que nos ligan vínculos tan estrechos.

No han despertado, por desgracia, hasta hoy en España gran interés tales asuntos, y es verdaderamente censurable el desconocimiento que se tiene de la historia americana, que tan íntima relación guarda con la nuestra. Por eso son de aplaudir obras como la del señor Estébanez, encaminadas á popularizar el conocimiento de dicha historia, que en realidad de verdad no había pasado hasta hoy, entre nosotros, de un círculo de personas curiosas y estudiosas. Y por eso es tanto más mérito que ese conocimiento llegue á nosotros

Aztecas; da, en suma, perfecta idea de la civilización americana antes de la conquista. La segunda parte, consagrada al descubrimiento y los descubridores; á la colonización, administración y política de los españoles; á las invasiones, guerras y sublevaciones de que fué teatro en este largo período, es no menos interesante y metódica. El lector se forma acabada idea del carácter de los conquistados y de su dominación, de los progresos de la conquista y de las rivalidades que engendraron las luchas civiles; de la pujanza y de la decadencia de nuestro poderío, y de las causas que dieron al traste con nuestra dominación. Con breves rasgos, con atinadas observaciones, con citas oportunas, el autor conduce á los lectores á través de aquella serie de vicisitudes que acompañaron nuestra dominación. Con estilo elegante y vigoroso, con frase castiza y fácil, mantiene su atención y hace altamente agradable la lectura. Otro tanto ocurre con la tercera parte del libro, la destinada á

ya que, al querer conservarla, se ajustó España á la lógica inflexible del sentimiento, de la tradición y de la historia. Por otra parte, en la guerra americana de la Independencia no hubo vencidos ni vencedores. Tan buenos soldados fueron los que defendían la libertad de su patria, como los que, sin estímulo, se sacrificaban por el deber personal y el honor de su bandera. Como dijo un ilustre americano, D. Andrés Bello, en la guerra de la Independencia americana «la constancia española se venció á sí misma».

El Sr. Estébanez estudia seguidamente la Revolución y sus caudillos, y da sumaria noticia de las operaciones militares á que motivó la guerra de separación; ofrece luego ligeras noticias de la historia moderna de las repúblicas americanas, y termina su obra con unos breves apuntes relativos á las insurrecciones de Cuba. Esta tercera parte es la más compendiada, pero no la menos interesante de la obra; obra muy bien pensada y muy bien



escrita, como fruto de largas y meditadas lecturas, de constantes observaciones, y de una inteligencia madurada en el trato de los hombres y la experiencia que da una larga vida política.

En suma: el libro del Sr. Estébanez es de gran utilidad para cuantos quieran tener ligera idea de la Historia de América; constituye una buena base para ulteriores estudios, y es, sin duda alguna, una de las obras que debían popularizarse en nuestra patria. ¡Lástima que no lleve pie de imprenta nacional, y que el

acometida, porque con los agudos toques de la corneta excita á la pelea, repite las órdenes del jefe, es el instrumento, acaso inconsciente, de una voluntad superior que ordena, para llevar á las tropas al triunfo.

No importa que las balas pasen silbando por encima de su cabeza; atento al cumplimiento de un deber, no repara en el peligro. ¡Qué responsabilidad tan grande la suya si no interpreta bien las órdenes recibidas!

En el cuartel llama al soldado al ejercicio; es el *reloj*—permítasenos la frase—que les se-

Así que nada tuvo de extraño que cuando las llamas destruyeron el hoy restaurado Alcázar, penetrara en todos la pena más honda.

¿Y cómo no, si al fin se trataba de uno de los monumentos que mejor recuerdan una época de poderío?

Por el hermoso dibujo de nuestro colaborador Sr. Lagarde, puede apreciarse lo que es el imperial edificio, actual Academia General Militar.



LA CORRIDA DE TOROS.—EN EL TENDIDO.

editor francés haya ganado por la mano, con gran oportunidad, á los españoles que pudieran intentar la empresa; y lástima también que nos disputen aquel mercado, con notoria ventaja, los libreros de París y Leipzig, más avisados, inteligentes y laboriosos que los nuestros!

FRANCISCO BARADO.

Nuestros grabados.

El corneta.

Hé ahí un tipo tan necesario en el regimiento como el soldado que con el fusil en la mano entra en el fragor de la pelea.

Quizá no dispare ni un solo tiro; quizá no le sea ni aun permitido defenderse de la agresión del enemigo, en el momento en que la lucha es más empeñada; pero su misión es tan grande como la del valiente que ataca y rechaza la

ñala las horas de sus cotidianas faenas

Nuestro grabado es reproducción de una magnífica acuarela del Sr. Millán y Ferriz, y que este señor ha tenido la bondad de regalar á nuestro director propietario, D. Arturo Zancada.

Vista general del Alcázar de Toledo.

Si hay monumentos en España que nos recuerden nuestro pasado glorioso, pocos que le superen al que hoy tenemos el gusto de publicar con motivo del festival de la Infantería.

Todo en el Alcázar es grande, todo en él suntuoso, como digna obra de su insigne fundador el emperador Carlos V.

Para cuantos visten el honroso uniforme del ejército tiene recuerdos imperecederos: allí, en su recinto sagrado, se nutre nuestra juventud militar con las máximas del honor y del deber, aprende á despreciar una vida preciosa en holocausto de la patria.

El arcabucero

No sabemos qué remembranzas despierta en nosotros la magnífica acuarela del malogrado Fortuny.

Con orgullo contemplamos el tipo, y nos parece el mismo que soñamos cuando volvemos la vista á los tiempos de antaño, distinguiendo en él al *enano moreno* (como apellidaban los flamencos á nuestros valientes) que con su horquilla y su arcabuz espera el momento de aplicar la mecha de cuerda al cebo de la cazoleja, para hacer triunfar la bandera española en los campos de Flandes.

A nuestra imaginación asoma toda una epopeya de hechos heroicos, en presencia de ese tipo.

Vedle con la horquilla y el chambergó en la derecha mano, y con el arcabuz al hombro, animoso, alegre, como esperando el momento de maniobrar. ¿No os hace, en un instante, recordar toda la historia del tiempo de los Austrias?

Si el arcabucero trae á vuestra memoria Maestricht y San Quintín, el soldado de hogaño —que tan bien supo representar Balaca— os llevará, como de la mano, á presenciar *in mente* las campañas de Africa, de Cuba y del Norte.

¿Y á quién no enorgullece la marcialidad de nuestro soldado, su valentía, la sobriedad que demuestra en el combate, la tenacidad de su carácter, propio de la raza española y, en suma, todo ese conjunto de virtudes de que hay pocos ejemplos y que hacen de nuestra Infantería la primera del mundo?

Antaño y hogaño, antes y ahora, el valor de nuestro soldado lo reconocieron y reconocen todos, y éste es el mejor elogio que se puede tributar á un ejército.

La Inmaculada Concepción.

Como ven nuestros lectores, LA ILUSTRACION NACIONAL, en cuya redacción figuran no pocos oficiales y jefes de Infantería, no perdona sacrificio alguno, porque el número que dedica á las fiestas de la Purísima Concepción no desmerezca del objeto á que se le destina.

Y como lo creemos de oportunidad, nos ha parecido conveniente, en nuestro deseo de dejar complacidos á nuestros numerosos favorecedores, la publicación de la magnífica lámina, reproducción de uno de los nunca bastantemente elogiados cuadros de nuestro gran Murillo, existente en el Museo del Prado.

Este es un obsequio especial que hacemos gustosos á nuestros lectores, con motivo de las fiestas de la Infantería (1).

BALDOMERO LOIS.

Habladurías.

Gracias á que ha dado tiempo para que juren ó prometan, conforme á los gustos particulares, los diputados que estaban en botes ó en estado de canuto sin «diputarse» del todo.

Que si cierran el establecimiento de golpe, ¡adiós esperanzas!

¡Después de tan horrible incertidumbre y de haber derrochado tiempo y dinero recorriendo el distrito, ó, cuando menos, desde su propia casa al ministerio constructor de representantes al por mayor, quedar doncello parlamentario!

—Estremece impensadamente— como me decía un baturro en ocasión análoga—la facilidad de comunicaciones.

Quería decir:

La frecuencia de las mudanzas de Gobierno.

—Que ti acuestas con Cánovas, ¡no lo premita Dios! Ea, pues que te levantas con Sagasta. Que te escurece con Sagasta, ¡Dios no lo quiera! te amanece, pues, con Cánovas. Que *paice* la política una rueda de barquillero. Antiparte de *dales* dinero y soldadicos.

Y otro baturro, también filósofo, replicaba:

—¿Y qué li has de hacer, Nemesio, si te ves caído?

En nuestro país hace tiempo que no contamos con más de dos hombres eminentes en cada ramo del saber vivir humano, que dijo Tácito Pérez.

En política nada más que D. Antonio Cánovas y D. Práxedes Mateo Sagasta.

En el arte lírico no contábamos más que con el inolvidable Gayarre y Massini.

(1) Los demás grabados van explicados en la *Crónica* que firma nuestro ilustrado compañero Sr. Martín Arrúe.

Hoy con *Jureli* y *Boqueroni*.

En la escena española dramática. Antonio Vico y Rafael Calvo.

En el arte taurino, *Lagartijo* y *Frascuelo* eran los textos vivos.

Pero nos quedamos, gradualmente, sin idolos y sin textos.

Por ellos hemos peleado como fieras, aun cuando no esté bien el decirlo.

¡Las *bofetás* que podría consignar la Historia de nuestros días y de nuestras noches, y aún más que *bofetás*, entre partidarios de Gayarre y Massini, y aún más entre defensores de *Lagartijo* y defensores de *Frascuelo*!

Porque ya se sabe que es nuestra manera de ser peculiar: para enaltecer á uno hemos de arrastrar á otro, cuando menos.

De suerte que no se sabe si lo primero es un pretexto para lo segundo, ó si es la libre emisión de un juicio «imparcial de la opinión y de la prensa.»

Cualidades femeninas que se extienden por días:

—¡Qué bonita está la de Gázquez con ese sombrero!

—Tiene gusto y la cae muy bien el azul.

—En cambio, su prima parece una salamanquesa.

—¿No la dará vergüenza estar en el palco luciendo esa cara?

—¡Pues mira que la cuñada!...

—Está pidiendo cuatro tiros á voces.

—¿Y la otra?...

—Otros cuatro tiros y un cabo.

Entre hombres ocurre lo mismo.

—¿Ha visto usted qué talento el de Gedeón?

¡Qué artículo tan ingenioso y tan nuevo, referente á la crisis moral, física y matemática de las clases manolas y manufactureras!

En cambio, el de Caprivi, publicado en *El Mercurio de la clase media de Sacedón*, es un buñuelo.

—¿Y el discurso de Salvagez en la *Asociación para jugar á la lotería de cartones*?

—¡Admirable!

—¡Pero qué mujer tiene Salvagez! ¡Qué sinvergüenza!

En el folletín de un periódico leí días pasados:

«Hacía tiempo que el joven Ramiro *devenia* mujer.»

Esto es lo que ocurre á varios hombres, jóvenes ó no:

Que *devienen* mujeres cuando menos se piensa.

Por esto se imponen los hombres de carácter y los actores de carácter, que son los barbas antiguos, pero afeitados; los traidores, pelones.

Y los tahoneros, que también se imponen.

En los siglos XVI, XVII y XVIII, la muchedumbre se entendía con ellos asaltando las tahonas y repartiéndose el pan y los panaderos.

—¡La civilización nos ha perdido!—me decía un viejo en un pueblo de Castilla.—En otro tiempo necesitaba un vecino una carga de leña, salía al monte con un pollino ó con otro pariente, y volvían dambos con su carga de leña. ¿Que quería obsequiarse con un conejo ó con una perdiz? Pues para eso los crió Dios. ¿Que pedía justicia? Pues al corregidor derecho... ¡Ahora vaya usted á comerse una carga de leña ó pedir justicia á un conejo, ó á traerse á casa colgando al señor alcalde!

—¡Y viva la *Purisma* y viva el Arma de Infantería!

Que gritaba mi *po... bre chi... ca* el día del acontecimiento.

—¿Qué es eso, mujer? la pregunté.

—¿Qué ha de ser? Que daría yo cualquier cosa por ser del arma.

—¿Del arma?

—De infantería: es decir, complicada ya estoy, pero por lo bajo; vamos, por parte de un cabo que es primo mío graduado.

—¿Graduado de qué?

—Graduado de novio. ¡Cómo estará aquel salón, señorito! ¡Ay! No sé cómo no se hace usted de infantería. Toda la estación es una mesa para el banquete... Aquello es un ascuá de oro, vamos.

Y no hay que añadir que mi *po... bre chi... ca* me pidió autorización para ver ó para oír de comer siquiera, y que no fué ella sola.

—Allí estaba tó el señorío, me decía de regreso, loca de alegría.

Pues y cuando la dije: Lo mejor de todo eso es la fraternidad de los jefes y oficiales; lo mejor es el Asilo de huérfanos que costean esos valientes... Lo mejor del arma donde hay tanto oficial ilustre, es el corazón.

Cuando ella supo lo del Asilo, gritaba llorando, como yo:

—¡Viva el Ejército!... ¡Viva nuestra infantería!

Y ella se ratificaba entusiasmada:

—¡Qué lástima que usted no sea del arma!

EDUARDO DE PALACIO.

Puntos y Comas.

¡Muy buenas tardes, lectores!

¡Muy buenos días, lectoras!

Si ustedes me lo permiten

les dedicaré estas Crónicas,

que para llamarlas algo,

las llamo.... y,...

Conque me voy á escribir,

si no mandan otra cosa.

Este es un invierno loco, si es verdad lo que he leído: en Niza se están helando; y donde suele hacer frío de verdad, otros inviernos, gozan de un tiempo divino. En fin, que á mí me dan ganas de enviar al que lo ha dicho á la Siberia: ¡que allí debe hacer un calorcito!

—Vamos á ver, Mariquita:

acérate, Nicolasa;

como soy vuestro padrino,

y estamos en Navidad,

me diréis el aguinaldo

que os tengo que regalar.

Pídemelo tú, remonona,

á ver qué te gusta más.

—Pues yo, quiero un nacimiento

con cabritas de verdad;

y un niño muy chiquitito

que diga papá y mamá;

con fuentes, con arbolitos,

con arroyos de cristal,

con reyes, y con pastores,

y un tambor, y una zambomba,

y un...

—¡Demonio! ¿No es verdad?

—Y un demonio, sí, señor,

como aquél de mazapán,

que metía tanto miedo

á mi hermano Nicolás.

—¡Bien, te contentas con poco!

Colasito, ven acá;

dime tú lo que deseas.

—¿Yo? Tres cosas nada más,

que he oído decir á mi padre
que tendrá esta Navidad
un hijo, y una jamona,
y una buena credencial!

Aunque dicen más de cuatro
(y aunque este cuatro sea un ripio)
que muere nuestro teatro,
yo no admito este principio.
Pues en su libro la Historia
registrará una Mariana,
que es otro timbre de gloria,
Y así, con la ardiente fe
que sale del corazón,
grito un ¡VIVA DON JOSÉ!
que contesta Calderón.

Militar: ¡venga una copa!
Estreche usted esta mano,
y no me mire á la ropa;
¡que casi no soy paisano
cuando brindo por la tropa!

JOSÉ BRISSA.

La Infantería española

DESPUÉS DE LA GUERRA DE SUCESIÓN

La época de Felipe V puede considerarse en nuestro ejército como de transición de la antigua organización á la moderna. Obligado por la más imperiosa de las necesidades, por la de su conservación, vióse precisado á legislar y organizar su ejército, especialmente su infantería, *alma mater* de los ejércitos organizados; y aunque me aleje algo de mi propósito, no puedo menos de enumerar las principales reformas que acometió antes y en los principios de la guerra.

Fué la primera, la sustitución, ordenada en 29 de Enero de 1703, del antiguo armamento de picas, arcabuces y mosquetes, por el fusil con bayoneta; disposición trascendental al prepararse para la lucha con enemigos dotados ya de igual armamento. La segunda fué la conversión de los antiguos y gloriosos *Tercios* en *Regimientos*, ordenada en 28 de Septiembre del mismo año; disposición que ha sido muy comentada y discutida, pero que hoy sólo ofrece interés de erudición; y la tercera, ordenada en 28 de Febrero de 1707, conceder nombres propios á los regimientos, prohibiendo que, como hasta entonces, fueran conocidos por los apellidos ó títulos de sus coroneles.

Las necesidades de la guerra hicieron precisa la creación de nuevos regimientos; hasta tal punto, que al terminar ésta, se dispuso en 1714 pasar una revista general, resultando que habían tomado parte en la lucha los siguientes cuerpos de infantería: uno de guardias españolas, uno de guardias valonas, noventa y cuatro de línea, de españoles, cuatro de irlandeses, once de italianos y veinticinco de flamencos, que, descontando los disueltos y refundidos por sus numerosas bajas, daba un total presente de noventa y uno de infantería española, cuatro de irlandeses, cinco de italianos y once valones.

Ni la recelosa política de la época ni la situación del Tesoro consentían mantener tales fuerzas, que fueron reorganizadas por el decreto de 20 de Abril de 1714, que puede considerarse como la definitiva organización del tiempo de Felipe V, y reducidas al siguiente pie, haciendo omisión de la Guardia: treinta y siete regimientos de españoles, cuatro de irlandeses, cinco de italianos y catorce de valones.

Cada regimiento constaba de un solo bata-

llón, ó de dos; en el primer caso, su plana mayor se componía del coronel, teniente coronel, sargento mayor, ayudante, capellán, cirujano y tambor mayor; en el segundo se añadía la plana mayor del segundo batallón, compuesta de un comandante, ayudante, capellán y cirujano. Las compañías de cada batallón eran trece, incluyendo la de granaderos, en el primer batallón, la del coronel y teniente coronel, y la del comandante en el segundo, pues estos señores tenían compañía en propiedad y cobraban el sueldo y gratificación de tales capitanes, con el de su empleo superior. Cada compañía tenía un capitán, un teniente, un subteniente, dos sargentos, un tambor, tres cabos primeros y tres segundos, y treinta y seis soldados; siendo, por lo tanto, la fuerza efectiva de cada batallón, sin incluir las planas mayores, treinta y tres oficiales y quinientos veinte soldados.

Los individuos de las compañías de granaderos eran escogidos, y en último caso sacados de las demás, y disfrutaban los siguientes haberes; el soldado, catorce cuartos diarios, quince el cabo segundo y dieciséis el primero; los sargentos veintiuno, los individuos de las restantes compañías disfrutaban dos cuartos menos que los granaderos, y los tambores eran considerados como cabos segundos.

La distribución de este haber era la siguiente: se les descontaba diariamente cuatro cuartos para la masa, con que se proveían de vestuario y armamento; dos para masita, con los que el capitán había de proveerlos de calzado y otras prendas, pagar al barbero y el descuento de inválidos y demás menudos gastos que ocurrieran, y el resto, ó sea ocho cuartos el granadero y seis el que no lo era, pero que aún no era fusilero, en concepto de socorro, dándole un ochavo diario en mano, y empleando el resto en el rancho; con el ochavo que recibía tenía obligación de recoserse.

El vestuario, harto más complicado que el actual, consistía en casaca á la francesa con vuelta, solapa y collarín, chupa, calzones, medias, zapatos, dos corbatas, dos camisas, sombreros de los que llamamos de tres candiles y gorra de piel de oso con manga larga los granaderos, cinturón, portafusil, cartucho ó cartuchera de piel de Moscovia, una especie de embudo para la bayoneta y frasco para la pólvora con cordón; su precio total era doscientos veinte reales, y recibía uno cada dos años; en el año intermedio recibía un medio vestuario, compuesto de zapatos, calzones, una camisa y una corbata, que importaba setenta y un reales. El armamento se componía de fusil sin bayoneta; los cabos y sargentos lo usaban rayado y espada, recibían uno nuevo cada cinco años, y su coste era cien reales.

El pelo lo llevaban recogido en forma de crencha, ó sea partido en dos por delante y recogido por detrás en una bolsa de cuero, negra. Aunque este peinado no era tan incómodo como el de bucles, usado posteriormente, necesitaban la ayuda de un compañero para recoger el pelo; de aquí vino el *camarada de peine*.

La recluta era casi toda personal, pues en aquella época, pareciendo injustos los sorteos y las quintas, solamente se apelaba á las derramas en las provincias, cuando el caso era urgente y las levás no habían producido gran efecto; de aquí vino la necesidad de aquellos sargentos y cabos veteranos que se dedicaban á reclutadores y recorrían los pueblos á caza de incautos. Los capitanes recibían la gratificación mensual de quince escudos para este

servicio, que se les exigía con tal rigor, que el que no tenía completa su compañía, no sólo no percibía la gratificación, sino que se le descontaba de sus sueldos la parte proporcional de ella á la gente que le faltaba.

Los oficiales gozaban de haberes proporcionados á los de la tropa; el coronel percibía mensualmente 110 escudos, 80 el teniente coronel, 75 el sargento mayor y 50 el comandante del segundo batallón, 35 los ayudantes, 30 los capellanes y cirujanos y 9 el tambor mayor. Los capitanes de granaderos 50, 30 el teniente y 25 el subteniente; 40, 26 y 20, respectivamente, los de las otras compañías. Con arreglo al reglamento de 1709, usaban como insignia un bastón con puño de oro el coronel; de plata el teniente coronel; con un casquillo liso, el sargento mayor, comandante y capitanes; puño de marfil, ayudantes y tenientes, de madera ó cochumbo los subtenientes, y liso los sargentos. Su uniforme era igual al de la tropa, con la natural diferencia en los paños y galones; sus armas, la espada y una alabarda pequeña, llamada espontón. Usaban el peinado á la *rupé*, ó el *tupé á la greca*, que consistía en el pelo muy largo y rizado, partido como gran cascada á ambos lados de la cara.

Obtenían sus ascensos por antigüedad en el regimiento; pero algunas vacantes correspondían á S. M. y eran aprovechadas por los cortesanos y sus amigos: todos pertenecían á la nobleza, y particularmente los jefes, muchos de los cuales habían comenzado su carrera de capitanes ó en puestos más elevados aún.

Los sargentos no podían obtener su ascenso á oficial más que por gracia del Soberano, siendo rarísimo este caso; y sin embargo, tanto ellos como los soldados servían gustosos y por muchos años, encontrando más cómoda la vida militar que la del labrador ó la del industrial.

Esta organización no era un modelo, como se ve, pero era preferible á la de los antiguos Tercios, pues al menos había subordinación y disciplina; cosas que, con el dinero, fueron desconocidas de aquellos ilustres campeones de Italia y de Flandes.

CARLOS DE BARUTELL

Los grandes almacenes de **El Siglo** acaban de publicar el Catálogo de la próxima temporada de invierno, ilustrado con profusión de grabados y figurines de la última moda para señoras, caballeros y niños.

El Catálogo y muestras se remiten gratis á quien lo solicite, dirigiéndose por correo á los propietarios de los citados almacenes, señores CONDE, PUERTO Y C.^a, Rambla de los Estudios, 5 y 7, Barcelona.

El creador del Jabón del Congo, *Victor Vaissier*, proveedor, con título, de S. M. el Rey de los belgas, de S. A. el Bey de Túnez, etcétera, etc., aconseja á su numerosa clientela á que pida en todas partes los *Polvos Congolane*, adherentes é invisibles, y el *Extracto del Congo*, perfume exquisito para el pañuelo.

EL ELIXIR GREZ, tan eficaz para curar los dolores de estómago y los desórdenes digestivos, empleado en todos los hospitales, ha obtenido un diploma de honor en la Exposición de Higiene de Lyon, y la medalla de oro en París.

ESENCIA de CAFÉ TRABLIT

para viaje y caza. Instantáneamente produce un café con leche de un gusto exquisito. Hallase en todas las tiendas de ultramarinos y al por mayor, 29, Rue Denfert-Rochereau, PARIS.

Imprenta de Enrique Rubiños, Plaza de la Paja, 7 bis.

Agente general para los anuncios franceses: M. F. MUS, RUE POLONCEAU, 52, PARIS

DE LA VIDA

Novelas cortas

POR

E CONTRERAS Y CAMARGO

Con un prefacio de Federico Urrecha.

Agotada la primera edición de este interesante libro, se ha puesto á la venta la segunda, al precio de UNA PESETA el ejemplar para toda la Península.

La Administración de la ILUSTRACION NACIONAL la remite á provincias franca de porte, previo el pago de UNA PESETA en sellos de correos, letra ó libranzas de la prensa.

MATÍAS LÓPEZ

MADRID-ESCORIAL

Los **Chocolates, Cafés y Sopas coloniales** de esta Casa son los mejores que se presentan en los mercados.

Premiados con 40 medallas.

De venta en todos los Establecimientos de ultramarinos de España.

Oficinas: PALMA ALTA, 8.

Depósito central: MONTERA, 25.

Se admiten anuncios á precios convencionales; dirigirse al Administrador de esta Revista, **Almirante, núm. 2** quintuplicado.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiuosa, Antiherpética, Antisifilítica, Antiescrofulosa, Antiparasitaria, y muy reconstituyente. Con esta agua se tiene la salud á domicilio. Cura con prontitud el *Dengue*; es preservativo de la difteria y tisis, usada con frecuencia, como eminentemente antiparasitaria. Este agua no irrita por razón de sus componentes, y es superior á la que llamándose natural, no tiene fuerza. Pedir prospectos é instrucciones, Madrid, Jardines, 15, bajo. Depósito central y único.

Hecho el análisis por MR. HARDY, químico-ponente de la Academia de Medicina de París, fué declarada esta agua la mejor de su clase, y del minucioso practicado durante seis meses por el reputado químico Dr. D. Manuel Sáenz Díaz acudiendo á los copiosos manantiales, que nuevas obras han hecho aún más abundantes, resulta que la MARGARITA DE LOECHES es entre todas las conocidas y que se anuncian al público, la más rica en sulfato sódico magnésico que dan los más poderosos purgantes, y la única que contiene carbonato ferroso y magnésico, agentes medicinales de gran valor como reconstituyentes. Tienen las aguas de la MARGARITA doble cantidad de gas carbónico que las que pretenden ser similares; y es tal la proporción y combinación en que se hallan sus componentes, que son un específico irremplazable para las enfermedades herpéticas escrofulosas y de la matriz, sífilis inveteradas, bazo, estómago, mesenterio, llagas, toses rebeldes y demás que expresa la etiqueta de las botellas que se expenden en todas las farmacias y droguerías, y en el depósito central, JARDINES, 15, BAJO DERECHA, donde se dan datos y explicaciones. En el último año se han vendido

MAS DE DOS MILLONES DE PURGAS

GRAN ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS

Abierto del 15 de Junio al 15 de Septiembre. Tres meses. Baratura y confort. Billetes, Jardines, 15.

Digestiones difíciles

Enfermedades del Estómago

Dispepsia Pérdida del Apetito

ELIXIR GREZ

Vómitos Diarrea crónica

TONI-DIGESTIVO con QUINA, COCA y la PEPSINA

Empleado en todos los Hospitales — Medallas de Oro y Diplomas de Honor

PARIS — P. GREZ, 34, rue La Bruyère, y en las Farmacias.

POR MAYOR: Mrs COLLIN y Ca, 49, Rue Maubeuge, PARIS.

El VINO de PEPTONA CATILLON restablece las fuerzas las digestiones, el apetito Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el overolimiento, las enfermedades del

ESTOMAGO

LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.

su grandioso éxito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma Catillon.

3, Boul. St-Martin, Paris y buenas Farmacias.

MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

CONTRA

los Resfriados, la Gripe, la Bronquitis y las Irritaciones del Pecho, el JARABE y la PASTA pectoral de NAFE de DELANGHIER tienen una eficacia cierta y alimada por los Miembros de la Academia de Medicina de Francia. — Como no contieneu Opio, Morfina ni Codeína, pueden ser dados sin temor alguno, á los Niños atacados por la Tos ó la Coqueluche.

Se venden en PARIS, 53, rue (calle) Vivienne.

Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO ENTERO.

Frasco : 5 fr.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTEPELIQUE —

LA LECHE ANTEFELICA

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Cie

en Paris

St-Denis, 16

J. M. BORJES Y CA.

BANQUEROS

OBISPO, NÚM. 2, ESQUINA A MERCADERES

Hacen pagos por el cable, facilitan cartas de crédito, y giran letras á corta y larga vista

Sobre New-York, Boston, Chicago, San Francisco, Nueva Orleans, Veracruz, Méjico, San Juan de Puerto-Rico, Ponce, Mayagüez, Londres, París, Burdeos, Lyon, Bayonne, Hamburgo, Bremen, Berlin, Viena, Amsterdam, Bruselas, Roma, Nápoles, Milan, Genova, etc., etc., así como sobre todas las capitales y pueblos de

ESPAÑA É ISLAS CANARIAS

Ademas, compran y venden rentas españolas, francesas é inglesas, bonos de los Estados-Unidos, y cualquiera otra clase de valores públicos.



ACEITE DE HOGG

de HIGADO FRESCO de BACALAO

NATURAL Y MEDICINAL

El mejor que existe puesto que ha obtenido la mas alta recompensa en la

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889

Recetado desde 40 años por los primeros médicos del mundo entero, á las Personas débiles y Niños raquíticos, contra las Enfermedades del Pecho, Tos, Humores, Erupciones del cutis, etc.

Es mucho mas activo que las Emulsiones, las cuales contienen mitad de agua. Se vende solamente en frascos Triangulares. — Exijir sobre el envoltorio el sello de la Union de los Fabricantes. SOLO PROPIETARIO: **HOGG**, 2, Rue de Castiglione, PARIS, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes e invisibles. Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro. En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS y en las seis Perfumerías sucursales que posee en Paris, así como en todas las buenas Perfumerías.

TESORO VITAL

PRODUCTOS ALIMENTICIOS DE CARNE DE VACA

PRIVILEGIO EXCLUSIVO POR 20 AÑOS EN ESPAÑA Y EXTRANJERO

DIRECCIÓN: GOYA, NÚM. 19, MADRID

Nuestros productos alimenticios de carne de vaca, **Tesoro Vital**, son el más poderoso reconstituyente que se conoce, y superior aun á la misma carne de vaca fresca, por carecer de todas las sustancias nocivas que ésta encierra.

Para la alimentación de los niños no tiene rival. — La anemia desaparece en poco tiempo con su uso.

El **Tesoro Vital** no es un medicamento ni está compuesto de modo que pueda considerarse como tal, sino una sustancia alimenticia tan poderoso higiénica, que basta por sí sola á sostener las fuerzas vitales de cualquier individuo, sin tener que recurrir á ninguna otra clase de alimento.

El folleto impreso por esta casa, en el cual se dan amplias explicaciones sobre nuestros productos, y el parecer de eminentes médicos de esta corte, se remite gratis y franco de porte al que lo solicite.

Todos los detalles se pedirán á la Dirección, calle de Goya, núm. 19.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID

CONFITERIAS

D. Venancio Vázquez, Carrera de San Jerónimo, 26; Sr. Hidalgo, Barquillo, 9; La Nueva Suiza, Arenal, 11.

ULTRAMARINOS

Sr. Monleón, Jacometrezo, 38, y Serrano, 7; Sr. Vázquez, Fuencarral, 60. Señora Viuda de Santisso, plaza de Antón Martín, esquina á la de la Magdalena, 31; D. Hilario González, San Bernardo, 52, y Humilladero